

hacerlo necesariamente si hubiesen de participar de la santa Comunión!

¡Ah, cristianos! el mal social es enorme; su extensión incalculable la acusa el infinito número de los que no cumplen con sus deberes religiosos en este sagrado tiempo del año. ¿Qué haremos nosotros por nuestra parte, á fuer de verdaderos católicos?

10. Agrúpanse los hijos que aun no han renegado de la Iglesia su madre, alrededor de esta mesa de familia, donde, como en el Cenáculo, desea ardientemente Jesucristo celebrar la Pascua con sus hijos¹. ¿No contribuiremos de este modo á redoblar la alegría de su corazón? ¿no le mitigaremos siquiera el dolor que le causan tantas defecciones de hombres, pueblos y naciones enteras? Sí, carísimos oyentes, apresurémonos á dar público y solemne testimonio de nuestra fe en Jesucristo, y de nuestra adhesión incontrastable á la Iglesia, su Esposa. La Comunión pascual reanudará felizmente los dulces lazos de la caridad entre los hijos de la común madre; y la sociedad misma, regenerada por el espíritu de piedad cristiana, participará de las santas alegrías de la Pascua. Así sea.

DOMÍNICA DE PASIÓN.

La transformación moral del hombre, consumada en la Pasión de Cristo.

Ego, cum exaltatus fuero a terra, omnia traham ad me ipsum.

Cuando yo fuere levantado en alto de la tierra, todo lo atraeré á mí.

Io. 12, 32.

1. La pequeña colina del Calvario no se eleva tanto como la erguida y nevada cumbre del Tabor; y, sin

¹ Luc. 22, 15.

embargo, hermanos míos, no fué levantado Jesucristo tan alto sobre la tierra en el Tabor como en el Calvario. De este monte hablaba cuando dijo: «Cuando yo fuere puesto en alto, como la misteriosa serpiente en el desierto, atraeré hacia mí no solamente todas las miradas, sino á todos los hombres y las cosas.»¹ Jesucristo levantó en peso el mundo entero á la altura de su cruz. ¡He ahí donde se perfecciona y termina la grande obra de la transformación moral y mística del hombre! No en el Tabor, á pesar de los resplandores con que allí aparece revestida la sagrada humanidad de Cristo, sino en el Calvario, á pesar de la sangrienta desnudez que baña el cuerpo del Crucificado. Y esto es, amados fieles, lo que la Iglesia quiere persuadirnos en esta época que, como reflexiona el Padre San León Magno, debe acrecer tanto nuestra devoción, cuanto más se aproximan los días consagrados á solemnizar aquel sublimísimo misterio de la divina misericordia², los días de la pasión y muerte del Redentor.

2. Moisés y Elías departían amigablemente á un lado y otro con el Salvador transfigurado, y el tema de su conversación, como el gran tema de todo el Antiguo Testamento, de la Ley y los Profetas, no era otro que el *exceso* (así lo llama el Evangelio) que había de efectuar Jesús en Jerusalén. ¡Oh! y ¡qué bien le cuadra este calificativo á aquella Pasión santísima, á aquella soberana obra de amor excesivo y de dolor que excedió á todos los dolores! *Dicebant excessum...*³ Al exceso de los humanos desórdenes debía corresponder el exceso

¹ L. c. supra.

² De Quadrag. serm. 9 (Brev. Rom. Dom. Pass.).

³ Luc. 9, 31.

de la reparación divina: al exceso de nuestra miseria debía oponerse el exceso de la grandeza y sublimidad moral de Cristo, modelo del hombre transformado en Dios... Notad, hermanos carísimos, que la palabra latina *excessus* (de donde la castellana *exceso*) significa etimológicamente *salida*, denotando la acción de alejarse ó salir de un punto para llegar á otro, como el morir (*excedere vita*) es partir de esta vida temporal y terrestre para llegar á la eterna y ultraterrena. Pues, no es otra cosa, hermanos míos, bien considerada y analizada la transformación moral de que vamos hablando, como quiera que consiste en una cierta muerte á lo terreno, y en un tránsito á vida divina, conforme lo indicaba San Pablo á los primeros fieles: *Muertos estáis, y vuestra vida escondida está con Cristo en Dios*¹. Para verificar este cambio de vidas hácese necesaria una fuerza de atracción hacia lo alto; y esta fuerza es la de Aquel que prometió atraer á sí todas las cosas cuando fuese levantado de la tierra en el árbol de la cruz. El hombre se siente maravillosamente atraído hacia Jesús², ya por la fuerza de la verdad, ya por el imperio de la justicia, ya por el atractivo de la bondad y la hermosura: y todo esto resplandece, mejor que en parte alguna, en Jesús sacrificado. Sí, cristianos, la atracción á lo divino es efecto del imán de la Pasión. En ésta aparece Jesucristo «verdaderamente Hijo de Dios», según reconoció el desengañado Centurión³. Y ¿por qué, amados fieles? ¿Acaso por el imperio que en aquella hora suprema ejerció sobre toda la naturaleza, ordenándole que hiciese demostración de sentimiento, como

¹ Col. 3, 3.² *S. Aug.*, In Io. tract. 26.³ Marc. 15, 39.

en la muerte del Primogénito de la creación¹? No sólo por eso, sino también, y á esto quiero inclinar hoy vuestra atención, porque, paciente en naturaleza de hombre, no padece como hombre, sino como Dios; porque, como vais á ver, domina primeramente el dolor, juzga luego y condena al mundo, y, finalmente, arroja al demonio del usurpado trono, todo conforme lo había él mismo prometido. Empecemos, después de implorar los celestiales auxilios.

I.

3. Dominar el dolor, ¿os parece empresa no mayor que el hombre? ¡Ah! sin duda no habéis profundizado en la fuerza terrible y casi incontrastable del dolor sobre el pobre corazón humano. Sé que el hombre, nacido en el dolor² y para llevarlo á costas, como un enorme fardo que sólo al morir podrá arrojar de sí, puede llegar á familiarizarse de tal suerte con él, que casi no se estremezca al sentir su agujón, ni se incline agobiado por su peso. Comprendo pues, que el hombre, estrechado por estas condiciones, pueda, hasta cierto punto, sobreponerse á su nativa desventura; pero ¿cómo? ¡sin gloria, sin honor, sin verdadera grandeza! El bruto irracional, compañero del hombre en el penoso viaje de la vida, también se acostumbra al dolor y á la fatiga; pero ¿se dirá que sabe dominarlo? No, amados oyentes: pues tampoco lo vence el ser humano medio embrutecido, en quien el dolor parece haber embotado sus aceros; el ser insensible, sobre todo, al filo del dolor moral. No es, pues, la insensibilidad lo que constituye el imperio del dolor; al contrario, para dominarlo con alteza de corazón y levantado carácter,

¹ Zach. 12, 10.² Eccli. 2, 23.

es necesario sentirlo en su mayor agudeza, es necesario que parta por medio el corazón. Entonces se revela la grandeza de ánimo, el verdadero heroísmo, luchando la razón con la sensibilidad, el deber con la flaqueza, hasta quedar por tierra el sentimiento del dolor quebrantado por la energía de una voluntad de hierro. Esto ¿no os trae á la memoria la agonía de Jesús en el Huerto¹? ¿el sudor de sangre que brotó de sus poros y bañó todo su cuerpo convulso y aterido, y aquel denuedo con que, saliendo al encuentro de sus enemigos, dijo á sus discípulos: *¡Levantaos, vamos á ellos! Ya está aquí el traidor. . . .*²

4. No se me oculta, hermanos míos, que en el libro de la historia del hombre condenado á llorar, se encuentran páginas brillantes, en medio de tantas otras cubiertas de negra obscuridad, y son aquellas en que el dolor aparece vencido en la lucha con el héroe, con el atleta, con el sabio. *Mejor es el varón paciente, dice el Eclesiástico, que el esforzado y arrogante*³. Abrahán, sacrificándose á sí mismo en el altar del corazón, al ir á sacrificar á su hijo; Job, hecho espectáculo del mismo Dios en su prueba incomparable, y tipo superior de paciencia para todos los siglos; Jeremías, David, y tantos otros, hasta entre los pueblos paganos, comprueban, al parecer, que no es hazaña que sobrepuja la grandeza humana la victoria del dolor. ¡Sea así, enhorabuena, hermanos míos; y verdaderamente, sea dado el parabién á la decaída humanidad que en ciertas ocasiones parece haberse sobrepujado á sí misma! Pero después de admirar á los grandes hombres, precisamente tales por haberse alzado como gi-

¹ Luc. 22, 43.² Matth. 26, 46.³ Prov. 16, 32.

gantes sobre las cimas del dolor humano, no podréis menos de convenir conmigo en que sólo Jesucristo nuestro Salvador, ha alcanzado la corona de Rey de la gloria por la que ciñó de espinas¹, sólo Él ha mostrado rostro de Dios en frente del encrespado océano de sus dolores. «Paciencia como la de Cristo, dice el profundo Tertuliano, no la alcanzó ninguno entre los hombres.»²

5. Para convencerse de esta verdad, basta observar las circunstancias del dolor de Jesucristo en su Pasión: sumo en extensión y agudeza, fué completamente dominado por el acto más noble y generoso de la voluntad. Atónitos los tres amigos de Job, no acertaban á decir una palabra de consuelo, porque veían con sus ojos que «el dolor del hombre justo era vehemente»³. Y ¿quién no queda helado de estupor al contemplar la intensidad y multitud de los dolores del Santo de los santos? ¿Fué uno, por ventura, ó un mar de dolores el que se desplomó sobre su sagrada humanidad? ¿No lo apellidó el Profeta *varón de dolores y sabedor de lo que es enfermedad*⁴? ¿No dijo el mismo Cristo por boca de David: *Cercáronme dolores de muerte . . . dolores de infierno me asaltaron*⁵? Y con razón; puesto que, habiéndose cargado con todas las humanas iniquidades, echóse también á cuestras todos nuestros dolores y miserias⁶, sin faltar una sola. ¡Qué enormidad de peso, el de los dolores de la humanidad gravitando sobre un solo hombre! ¿No debía de ser un gigante quien había de soportar ese peso? ¡Ah! ¡qué gigante, hermanos míos, aquel de quien cantó el Profeta: «Lan-

¹ Tu Rex gloriae, Christe . . . (Hymn. Ambros.).² Tertull., Lib. de Pat. c. 3. ³ Job 2, 13.⁴ Is. 53, 3. ⁵ Ps. 17, 5. 6. ⁶ Is. 53, 4.

zóse del cielo, como gigante, para recorrer su camino»¹, el camino de la cruz! Y de él dice San Lorenzo Justiano: «Como gigante impertérito, mantúvose á pie firme en medio de aquella borrasca de dolores.»² Contad si podéis los dolores de Cristo, maravillosamente reunidos, aglomerados en tan breve espacio de tiempo, como una inmensa catarata que se despeña por la estrecha abertura de dos rocas altísimas á la profundidad del abismo. . . . Dolores físicos quebrantando su sagrado cuerpo, dolores morales abrumando su bendito corazón. . . . Entre los primeros ¿no bastarían aquellos millares de azotes que hicieron del inocente y delicadísimo cuerpo de Jesús una sola y viva llaga? ¿No excedió este tormento á todos los despedazamientos de los mártires? ¿Habría podido resistirlo con vida hombre alguno, á no ser por obra de milagro? ¡Cinco mil y más golpes cruelísimos de varas, cuerdas y cadenas! ¡Pensad, hermanos míos, en lo que este número monstruoso significa! ¡Pensad en la desapiadada ferocidad de sus verdugos! ¡Pensad en la rabia de los demonios contra Cristo, y cómo atizaban la crueldad de aquellos bárbaros azotadores! ¡Ah! no hay necesidad de otra consideración para aclamar á Jesús soberano vencedor del dolor. . . . Pero tened en cuenta lo que él mismo advirtió: «Sobre el dolor de mis llagas cargaron nuevos y cruelísimos dolores.»³ Sí, los de setenta y más espinas que taladraron sus sienes y toda la cabeza, los de tres enormes y obtusos clavos que le sujetaron al madero de la cruz, los de este duro y ponderoso leño

¹ Ps. 18, 6.

² *Tanquam gigas imperterritus stetit (Laur. Iust.).*

³ Ps. 68, 27.

que le echaron á la espalda, haciéndole medir paso á paso con ensangrentado pie toda la distancia del Pretorio á la cumbre del Calvario; ¡esto sí que fué añadir dolores á dolores! *Super dolorem vulnerum meorum addiderunt.* «Desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza no hay en ese santo cuerpo parte sana: todas son llagas, heridas, contusiones.»¹

6. Y, si tan intolerable es el dolor físico, decidme, ¡oh vosotros que tenéis fibras delicadas en el corazón! ¿qué sería el dolor moral que experimentó nuestro divino Salvador, durante el curso de toda su Pasión? Aquí sí, hermanos míos, es impotente el lenguaje para describir, porque éste es un dolor que se esconde en las profundidades del corazón del Dios-hombre, insondable á toda otra mirada que no sea la de Aquel que registra los oscuros senos del océano. *Grande es, como el mar, tu quebranto*². Á este dolor se refiere aquel lamento del Crucificado con que invita á todos los viajeros del camino de la eternidad á que *atiendan y vean si hay ó ha habido en el mundo dolor semejante al suyo*³. Porque no hubo fuente de aguas tan amargas para el corazón, que no probara el benignísimo Señor que quiso á toda costa ser *abrevado de oprobios*⁴. Mirad cómo le oprime con todo su peso la calumnia, la calumnia autorizada por el sufragio popular y por el testimonio de la magistratura, del sacerdocio, de la gente de más alta posición. Aquí le acusan de blasfemo, allí de sedicioso y rebelde, allí de hechicero y embaucador y aliado del demonio, enemigo de la Ley y de Moisés, y más digno de muerte

¹ Is. 1, 6.

² Thren. 2, 13.

³ Ibid. 1, 12.

⁴ Ibid. 3, 3.

que los asesinos y ladrones, malhechor, en fin, de primer orden¹. Y ¡cómo, triunfante en toda la línea la vil y grosera calumnia, y engréidos los enemigos con la postración de la indefensa víctima, se derrumba en una hora todo el edificio de honra, estimación y aplauso levantado durante años enteros á fuerza de sabiduría, beneficios y portentos! Tragedia más espantosa no vió el mundo, pero tampoco más sublime. . . . Añadid á este cáliz de amargura aquellas otras misteriosas fialas² ó copas que, por disposición adorable, brindó el Padre Eterno, y Jesucristo, lleno de valor, apuró sin vacilar³: el cáliz de la ingratitud, ¡ay! ¡tan amargo! el del desprecio y la irrisión en presencia de una corte y un ejército; el de la vergüenza imponderable de la desnudez á la vista del populacho y de la soldadesca impúdica y soez; el del abandono y la traición más negra; ¡Dios mío! ¿qué más puede añadirse? ¿cabe más acíbar en un pobre corazón? Pues todavía queda el de la compasión vivísima por los sufrimientos de una madre, la más tierna y querida entre cuantas han llevado este dulce nombre, por las lágrimas que bañan el rostro de María, y después por la parte de padecimientos que ha de tocar á los amigos fieles, desde Juan y Magdalena, hasta León XIII y la última de las almas afligidas . . . ; queda, en fin, el de la inutilidad de su sacrificio . . . Pero ¡basta, hermanos míos, basta y sobra lo dicho para nuestro intento!

7. Veamos ahora, con qué actos tan sublimes y más que heroicos vence Jesús este ejército de dolores que por todas partes le cerca y le combate: *Dolores inferni*

¹ Io. 18, 30, Matth. 26, 66, etc.

² Apoc. 15, 7.

³ Calicem . . . non bibam illum? (Io. 18, 11.)

*circumdederunt me*¹. Desde luego admiro la serenidad con que se apresta á la gran lucha. Pudiera poner en fuga á todos sus enemigos con un solo movimiento de su voluntad; omnipotente como es, pudiera sacudirlos y postrarlos, mejor que Sansón, el de los largos y misteriosos cabellos; pudiera desbaratar todo ese nubarrón de penas y dolores por medio de sus ángeles, pues tiene á sus órdenes más de doce legiones de celestiales guerreros²; pudiera, en fin, sustraerse del todo á las influencias del dolor, ahogándolo bajo el peso de su bienaventuranza, y en este caso ya pudiera llamarse vencedor, pero con fuerzas divinas; mas Jesús quiere vencer el dolor como Hombre-Dios, por la energía de la voluntad corroborada con fortaleza sobrehumana. Él mismo levanta la compuerta y deja precipitarse aquel torrente que casi va anegándolo: «La tempestad me ha hundido, llegado á lo profundo de la mar»³, dice por el Profeta. Pero no, no le sepultará en sus abismos⁴. No es, pues, con sola resignación y paciencia como Jesús domina el dolor, á la manera de los demás hombres: es con entusiasmo y alegría de corazón como padece, gozando y regalándose en padecer. Así lo manifiesta en cien lugares proféticos. «Rompiste la envoltura de mi carne y rodeástemme de alegría.»⁵ «Con bautismo de sangre tengo de ser bautizado; y ¡cómo vivo en tortura mientras no llega la hora!»⁶ «Bien podéis hacer de mí lo que queráis, prenderme, arrastrarme, despedazarme, escupirme, clavarme en una cruz . . . yo os doy licencia, porque ésta es.

¹ Ps. 17, 6.

² Matth. 26, 53.

³ Ps. 68, 3.

⁴ Ibid. vers. 16.

⁵ Ps. 29, 12.

⁶ Luc. 12, 50.